CRECEN LAS UTOPÍAS

(Relatos breves inspirados en discos)

ENTIERRO PREMATURO







PABLO IGLESIAS

ÍNDICE

ALGUNAS PALABRAS

Esta serie de relatos surgió casi por casualidad. Hace algunos años intenté hacer una composición con los títulos de los temas que integraban el disco de una banda amiga.

De ese ejercicio nació un cuento que les gustó bastante.

Entonces, me propuse hacer una serie de narraciones breves que recorrieran los álbumes de los artistas que admiro.

Muchas gracias a todos aquellos que han dejado alma y sudor para plasmar en canciones lo quelas musas inspiradoras dictaron para las historias y personajes que habitan esta recopilación.

A Pamela, Javi B, Gaby, Esteban y Agus, de Entierro Prematuro, Néstor y el Zurdo Tomassoni, de Gran Bandida, Queco,

Diego Kamikaze y Tincho Astbury por su apoyo permanente y consejos.

Y a vos, por haberlo descargado y dedicar un tiempo a su lectura.

Espero que los disfrutes...

Pablo Iglesias
Juglar de Ladinland

CONTRAPODER

Llegué a casa después de un día dificilísimo en el trabajo. Quería pegarme una ducha para compartir un rato con mi novia. Necesitaba un abrazo. Escucharla.

La llave no giraba y se trababa. "Me cago en la rep...." recité una serie de arcaicos poemas arameos, mientras comprobaba que estuviera utilizando la correcta. Toqué el timbre y esperé un par de minutos hasta que ella atendió con frialdad. Un escalofrío me recorrió por dentro cuando el sonido del portero eléctrico abrió la puerta. Diecisiete escalones que me separaban del ascensor de rejas con entretejido negro.

Presioné el botón del piso donde vivíamos sin poder contener un suspiro. El espejo me reveló que mi cara era bastante de culo. Y no de un culo publicitario. Este era un culo caído, poceado, con pelos y granuloso.

Intenté recomponerme y sonreír, pero lo único que logré fue esbozar una patética mueca que bien podría haberse aprovechado para un carnaval.

En la puerta del departamento había una mochila, una valija, una bolsa y un sobre que llevaba mi nombre. Me sentí al borde del nocaut. Como si me hubieran pegado una buena trompada en la mandíbula. Las piernas se me aflojaron y necesité recostarme contra la pared, mientras mis manos temblorosas se encontraban con la carta.

La tuve que releer unas cuatro o cinco veces para entender que aquello que me estaba pasando era verdad y no producto de mi imaginación, así como tampoco de las historias contadas en noches de borrachera con amigos.

Golpeé la puerta, desesperado. Grité, protesté, supliqué y lloré. Sí. Lloré, desconsoladamente, como hacía mucho que no lo hacía. La verdad que, después de tantos

años de vivir por nada, el día en el que te pican el boleto en el trabajo creés que volverás a tu casa y tendrás un alivio. Pero lo único que encontrás son pálidas y más pálidas hasta sentir que la caída no cambiará. Gritás "¡Basta!"

Y ahora, un mes después, estoy en una habitación de hotel donde la cucaracha más chica me sirve el desayuno. No hay nada para ver en la TV basura y empiezo a entender que todo ocurrió sin darme cuenta.

Aquella noche, bajé las escaleras con todos mis petates. Tenía la esperanza de verla abrir la puerta y que me dijera "No te vayas". Pero esas cosas pasan en películas como la que estoy viendo ahora, mientras ceno un mate amargo con un sanguche de desilusión.

CRECEN LOS GRITOS

Las explosiones se multiplicaban por doquier como un espeluznante despliegue de fuegos artificiales. Él corría desesperadamente a través de las barricadas, mientras esquivaba muertos y charcos bajo los inclementes disparos de los tanques invasores.

La torrencial lluvia había convertido las calles de tierra en lodo. Los escombros adoptaban el ambiguo rol de obstáculo y protección para los fugitivos.

Un mandatario bipolar fue el causante de la hecatombe. Proclamaba la necesidad de dialogar y se autoerigía como el emblema del consenso. Pero al minuto siguiente, amenazaba con pulsar el botón que iniciaba las hostilidades, mientras decretaba que bajo su férreo puño nadie gozaría de la innoble

igualdad que sus opositores intentaron establecer.

En una de las tantas ciudades asoladas, una pareja de jóvenes corría con desesperación. Ella, con una cámara de fotos que denunciaba la barbarie. Él, dejando alma y sudor para buscar un refugio que les permitiera salvar sus vidas.

La enésima explosión deslizó una espesa cortina de humo y polvo. La confusión y los alaridos de dolor se escabulleron a través de los escombros.

Un avión desgarró el tejido del silencio. Sus altavoces a viva voz proclamaron:

—Revoluciona tu mente. A vos te digo que te gusta rebelarte. A vos te digo nunca dejes de animarte.

El piloto levantó el pulgar con gesto amistoso desde la carlinga de un bombardero, antes de hacer estallar un tanque enemigo.

—Esta es la señal que estábamos esperando. Mientras el mundo estalla y

luchamos por nuestra liberación, tenemos que seguir intentando. Nadie puede decirme que lo que siento no es verdadero. Y si tengo que caer, que sea junto a tí.

Ella lo miró, con lágrimas en los ojos, mientras lo ayudaba a ponerse en pie para retomar la marcha.

UTOPíAS EN LA PARANOIA

La celda es fría y húmeda. Espero mi última cena. Por eso, me despaché y pedí a destajo. Después de todo, tampoco es que lo paguen ellos. Viven a expensas del pueblo. Como siempre.

Hacía un año que me habían echado de la fábrica y no conseguía trabajo. Un vecino me comentó que estaban buscando oficiales. Le expliqué que yo ya estaba viejo para el mercado, pero él me respondió que la inscripción aceptaba hasta 40 años. Curioso, porque en el mercado laboral actual una vez que pasás los 30 sos descartable. Tenés que hacer malabares para alcanzar los 65 años con aportes para poder jubilarte. ¿Jubilarte? ¿Para qué? ¿Para ganar una miseria que no alcanza ni siquiera para cubrir las necesidades más mínimas, mientras estos

parásitos se aumentan las dietas como quieren? Dan asco.

Resistí hasta donde pude. Pero cuando mi esposa me dejó para irse a vivir con su hermana y se llevó a los chicos toqué fondo. Debíamos tres meses de alquiler en la pensión. Nos íbamos a quedar en la calle. Tenía la soga al cuello. Presa de la desesperación me acerqué al cuartel para pedir un formulario de inscripción. Me dieron turno para los estudios al día siguiente y, para mi sorpresa, una semana más tarde iniciaba mi carrera uniformada.

Los primeros meses fueron de instrucción. Los modos que empleaban y algunas cuestiones que comenzaba a leer entre líneas me hacían ruido. Pero sabía que estaba sin retracción. Me consolaba saber que pronto habría saldado mis deudas y volvería a la normalidad. El sueño de regresar con mi familia me impulsaba.

Finalmente, llegó el día en el que me asignaron un arma y zonas de patrullaje. Todo el tiempo nos hacían ver videos instructivos y leer memos acerca de lo diabólico de nuestros enemigos. Ellos ejercían placenteras matanzas sobre nosotros, los uniformes de la República. Solo había una forma de razonar con aquellos demonios de cuerpo humano. Las protestas se silenciaban con balas. Los piedrazos se respondían con más balas. Y los disparos... obviamente, con muchas más balas. No había otra manera de lidiar con aquellos que amenazaban la democracia y nuestras libertades. Eso era lo que nos inculcaban los oficiales de más alto rango cuando izábamos la bandera y jurábamos con gloria morir al iniciar el día.

Comencé a disfrutar de la sensación de poder. De los abusos y gatillos nerviosos. Pero cuando me quedaba solo algo se retorcía en mi interior. La frustración se alimentaba de mi complicidad. Sabía que

aquello no estaba bien, pero era en lo único que pensaba. "Si me alcanza para pagar el alquiler y mantenerlos conmigo… todo lo demás es relativo". Esa fue la zanahoria delante de mi caballo. Mataría a cuantos hiciera falta para conservar mi empleo y asegurar el regreso de mi familia.

Comencé a sentirme enfermo en cada operativo. Náuseas. Como si mi propio cuerpo protestara ante tanta barbarie. Traté de convencerme de que no había otra manera.

La gota que rebalsó el vaso fue aquella noche en la que todo terminó por romperse. El operativo inició poco después de la medianoche. Estábamos todos vestidos de negro. Con el uniforme de las misiones de sigilo. Bah, es un decir, porque era lo que menos hacíamos. Reventábamos todo. Aunque aquella vez fue distinto. La casa me pareció familiar. Derribamos la puerta y nos dividimos. Unos fueron al dormitorio para atrapar al matrimonio. A mí me tocó ir hacia el

cuarto de la hija. Una adolescente de dieciocho años. Dos compañeros la zamarrearon de los pelos y uno le estrujó un pecho. La chica lo escupió, aterrada, y él le respondió con un puñetazo en el estómago que la dobló en dos. La llevaron a rastras y tuve que interceder para maniatarla y permitirle caminar, de una manera un poco más civilizada. Ellos reían y se burlaban, pero la gota que detonó el vaso fue el retrato que vi sobre la chimenea. El rostro de la madre me hizo comprender. ¡Fuimos compañeros en el secundario! ¡Con razón la casa me resultaba conocida! El paso de los años había diluido el recuerdo, que ahora golpeaba en mi interior. En cuanto salimos y se los llevaron en la camioneta me quité el pasamontañas para respirar pesadamente. No podía contenerme. El asco me retorcía de pies a cabeza. Vomité. Hasta la primera mamadera.

Al llegar al cuartel increpé a mis compañeros por los excesos. Especialmente,

por el manoseo. El gordo Ponce se rió con socarronería y lo senté de culo de una trompada. El otro se me vino al humo. Caímos enmarañados en un intercambio rabioso, pero nos separaron casi en el acto. El capitán de la brigada nos dio franco esa noche y me sugirió que meditara acerca de mi conducta. Ya tendríamos una charla al día siguiente.

En casa me duché un buen rato. Necesitaba quitarme la mugre que me carcomía desde adentro. Cuando me acosté sentí que me hundía en el colchón hasta desaparecer y me dormí muy profundamente. El resto sucedió tan rápido que no puedo ni siquiera llamarlo pesadilla. Un baldazo de agua helada en la cabeza, golpes y una capucha. Patadas y palazos que venían desde ningún lugar. Todo se oscureció.

Al despertar, mis propios compañeros me interrogaron como si yo fuera el enemigo. El capitán me increpó, antes de abofetearme. Cuestionó el origen de mis diferencias con su

liderazgo. A una orden suya me reventaron a golpes. Ponce babeaba de felicidad y me escupía entre piñas y patadas. Pensé que me iban a matar allí mismo. ¡Si todavía me duele hasta el pelo!

No sé cuánto tiempo se divirtieron pegándome, pero eso fue todo. Aquí me ves. Listo para enfrentar mi destino. Pude tomar decisiones erróneas, aguijoneado por la necesidad. Nada puede limpiar mis malas acciones. Podrán romper mi cuerpo, pero nunca mis convicciones, por más que se hayan desviado durante un tiempo. Sé que no me queda mucho. No hay más que pretender. Lo que hice estuvo mal y no hay acción que lo pueda remediar. El único consuelo que nos queda es morir con la frente en alto y ser libres.

EL CONCIERTO

La solitaria prueba de sonido había quedado atrás. Los integrantes de la banda guardaron sus instrumentos y descendieron del escenario para regresar a la mesa donde los aguardaban sus parejas.

Gaby, el guitarrista, permanecía silencioso y asentía con movimientos de cabeza, sumergido en la más absoluta concentración. Se podía advertir la ansiedad y la tensión que lo recorrían para proporcionarle aquel aire distante. Como si estuviera a miles de kilómetros de allí.

Esteban, bajista y cantante, bebía una cerveza, mientras consultaba su celular. Era la personificación de la calma, pero la tormenta se arremolinaba en su interior.

Agustín, el baterista, mantenía su imperturbable sonrisa, inmune al aguijón de cualquier tipo de nervios.

Era una fecha importante para ellos. Ellos, Entierro Prematuro, compartirían escenario con una banda legendaria que había sido fuente de inspiración en sus orígenes. Sabían que tenían una gran oportunidad para demostrar la fuerza y contenido de sus canciones y no querían desaprovecharla.

El primer grupo en subir a escena hizo lo suyo, pero sonó algo desajustado. Tal vez, la inexperiencia y los nervios les jugaran una mala pasada. Quizás fuera la elección de repertorio. O simplemente, fuera la mera escasez de ensayos.

Gaby, Esteban y Agus se acercaron hacia el camarín donde guardaban los instrumentos, a un costado del escenario. Intercambiaron miradas, dispuestos a dar lo mejor de sí para dejar a todos los espectadores con la boca abierta. En una de

las mesas se encontraban ellos, los legendarios integrantes de la mítica banda con la que tantas veces habían soñado compartir tablas.

El productor les anunció que en cinco minutos deberían salir a escena. Fue como poner una bomba en un panal de abejas. Los tres músicos comenzaron a sentir un hormigueo interior y respiraron profundo. Cada uno empleó su propia técnica para dominar la ansiedad.

—Alma y sudor, chicos. —Arengó el baterista, con su infaltable sonrisa, al tiempo que golpeteaba en la mesa con sus baquetas.

—Alma y sudor, Agus. —Respondieron al unísono y los tres chocaron los puños listos para la acción.

La puerta del camarín se abrió para dar paso a un escenario completamente diferente al que recordaban. Rayos láser dibujaban el logo de Entierro Prematuro en la intangible pantalla tras la tarima de la batería.

Fueron recibidos por una estruendosa ovación y tuvieron que frotarse los ojos para dar crédito a lo que veían. El pequeño bar en el que habían estado se había convertido en un gigantesco estadio repleto de seres de los más diversos colores y formas. A pocos metros Anto, la fotógrafa de la banda y novia de Gaby, disparaba flashes a diestra y siniestra para tomar increíbles fotos. A su lado, Dani, la esposa de Agus, hacía flamear la bandera con el logo de la tapa del nuevo disco.

Un par de butacas más atrás había un fornido ser de cuidada barba candado y cabello negro recogido en una cola de caballo. Llevaba un abrigo de cuero negro, sombrero de ala ancha y un parche en el ojo. A su lado, un androide de esbelto diseño y luces turquesa a modo de ojos parecía listo para registrar las acciones.

En la sección vip del campo, las leyendas del rock terrícola e intergaláctico

recibían al sorprendido trío con un efusivo aplauso. Allí estaban el inmortal Freddie Mercury, junto a Jimmy Hendrix, John Lennon y Elvis, quien intentaba cortejar a Janis Joplin. Más allá, se podía advertir a Joe Strummer. Sid Vicious vomitaba sobre Catalina de Médici. También, la juvenil Betty, quien llevaba una remera del Juglar de Ladinland. En la segunda hilera advirtieron a un calvo de piel azul y barba tornasolada junto a una mujer alada de negros cabellos y tez esmeralda. Una masa gelatinosa batía palmas en forma atronadora, sin necesidad de manos. Un enclenque ser de tez amarilla y tres brazos, cuyo tercero salía del pecho, hizo flamear un banderín con el logo de la banda. El mítico Pil, de Los Violadores, levantó el pulgar y asintió, a modo de reverencia.

Agus sintió que la sangre hervía en su interior y disipaba el temor. Marcó cuatro golpes de baqueta para que la guitarra de Gaby disparara el violento riff al que se uniría

el filoso bajo de Esteban. Así, Entierro Prematuro comenzó el concierto que revolucionaría sus mentes.